
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Los Misterios de la vida de Cristo
<i>Michel Dupuy</i>	5	Los Misterios de Jesús
<i>Christian Schütz</i>	15	Los Misterios de la vida de Jesús como prisma de la fe
<i>Martín Bieler</i>	27	Los Misterios de la vida pública de Jesús, etapas en el camino a la cruz
<i>Charles Perrot</i>	41	Investigaciones acerca de Jesús de Nazaret
<i>Régis Burnet</i>	55	Una visión radical del Jesús histórico, el <i>Jesus Seminar</i>
<i>Lucio Florio</i>	61	Rostro de Cristo y caras humanas
<i>Anita Bertoldi</i>	75	Ferdinand Ebner, Filósofo del Encuentro. <i>El cuerpo "verbal" y la dirección del encuentro</i>
<i>Carlos Hoewel</i>	83	Antonio Rosmini: un filósofo para el siglo XX

Los misterios de la vida pública de Jesús, etapas en el camino a la cruz

*Martín Bieler**

Los misterios de Jesús tienen un gran significado para el creyente. Esta es la razón por la cual la relación personal del creyente con Cristo Resucitado no tiene sentido sin la historia de Cristo Resucitado. La Resurrección, de hecho, es la eternización de la vida misma de Cristo, sin la cual Cristo Resucitado sería anónimo. Los misterios son como focos estructurales que nos permiten reconocer cómo las diferentes etapas de la vida de Jesús se orientan dinámicamente y estructuralmente a la Cruz y Resurrección. Ellos son “misterios” porque, por un lado, transparentan la vida de Jesús en su realidad divina, trinitaria, y porque, por otro lado, son aperturas específicamente *humanas* del Hijo de Dios, a través de las cuales se nos da acceso al Dios que viene a encontrarnos. En los misterios, Dios se relaciona con nosotros como hombre *con una historia particular*. En el espacio de la vuelta del Hijo al Padre desde su misión, se abre entre cielo y tierra:

“El hijo es libre de que acontezca una historia. Pero como el espacio pertenece a Cristo, no tiene sentido un espacio vacío, sino uno conformado y completamente condicionado por ciertas

* Teólogo y ministro reformado, profesor de teología sistemática en la Universidad de Berna. Este texto apareció originariamente en *Befreiung der Freiheit. Zur Theologie der stellvertretenden Sühne*, Freiburg-Herder, 1996, pp. 318; 320-337; 420-422. Traducido de la edición de habla inglesa de *Communion*, primavera 2002.

‘categorías’. La estructura de su significado es construida por las situaciones (interiores) de la existencia terrena de Cristo. La humanidad no puede caer fuera del espacio de Cristo, o fuera de la forma externa creada por su vida¹”.

La “forma estructural” es reforzada de un modo especial por los misterios de Jesús. Esto ya fue comprendido en las épocas antiguas del cristianismo. Por ejemplo, la contemplación de los Misterios de Cristo en el campo de tensión creado por las antítesis entre las “banderas” respectivas de Cristo y del Demonio juega un rol significativo en los Ejercicios Espirituales de Ignacio de Loyola. Ignacio urge una participación existencial con los sentidos en la acción de estos misterios – una participación que, por el discernimiento de espíritus ha de llevar a una decisión que siga realmente la voluntad de Dios.

La estructura de la vida pública de Jesús se encuentra dada entre el Bautismo, por un lado, y la Transfiguración, por el otro, la cual, como todos los otros misterios, son relativos a la Cruz y la Resurrección. En lo que sigue, examinaremos los misterios de la infancia de Jesús y de su vida pública como etapas en el camino a la Cruz, entendida como entrada en la situación del pecador. Esta entrada en la redención del pecador no es un hecho ciego, sino la misión del Hijo por el Padre a los pecadores, la auto-entrega del Hijo a los hombres en la proclamación del Reino en palabra y acción.

La entrada en la situación del pecador es al mismo tiempo la vuelta al Padre. Que Jesús vaya a los pecadores conduce formalmente a ser contado entre ellos y consiguientemente crucificado. En la vida pública de Jesús pareciera haber tenido lugar un “punto de inflexión” que Jesús entendió teológicamente y que llevó a la Pasión. Antes de este punto de inflexión, Jesús se vuelve de un modo concreto hacia Israel, y este insistir encuentra eco en el pueblo y permite abrir una esperanza.

¹ Hans Urs von Balthasar, *Theologie der Geschichte*, Johannes, Einsiedeln, 1959, p. 54.

1. Los Misterios de la Pre-historia

Entre los misterios de la vida pública se encuentran su concepción, nacimiento y circuncisión (Lc. 2,21), su presentación en el Templo (Lc. 2,22-39) y su encuentro en el Templo (y los doctores: Lc.2,41-52). Estos misterios pueden ser considerados como prolongación de la pre-historia de Jesús – una historia que lleva a su ministerio público y, finalmente, a la Cruz y resurrección.

“La ‘primera fase’ del misterio de la entrada de Jesucristo en la existencia humana es el *comienzo de la kenosis del Hijo de Dios* que, desde el principio, era nada menos que el auto-abajamiento del Hijo de Dios, empezando en forma inexorable hacia el cumplimiento del descenso del que hablan pasajes como Fil. 2, Gal. 3 y pasajes similares –, hacia la ignominia de la muerte en la Cruz en el lugar de los pecadores. La entrada del Hijo de Dios en la historia humana era ya verdaderamente la necesaria *partida desde Dios* vaciándose a sí mismo de su igualdad con Dios. Desde el principio era el primer escalón (entendido ya como extremo) hacia la entrada en la *alienación* de Dios que caracteriza la existencia bajo el curso del pecado”².

Los misterios de la vida pública de Jesús, entonces, son el comienzo de la exaltación de Cristo como Señor en el camino de la Cruz. Los misterios aclaran nítidamente que justamente el Señor es el Señor, que ha ganado una victoria permanente sobre los poderes del mal y cuya existencia se enraíza plenamente en la libertad que brota de su relación con el Padre. La alabanza de Cristo es por esto inseparable de su *passio* sacerdotal. Tomás, hablando de la tentación de Cristo, lo expresa exactamente: “Cristo vino a suprimir las obras del demonio, no a través de una acción con poder, sino más bien por el sufrimiento en las manos del Demonio y sus seguidores, de modo de conquistar al Demonio por justicia, no por poder”³. Esto

²R. Schulte, *Los misterios de la prehistoria de Jesús*, Myst.Salutis, 3,2, Cristiandad, Madrid, 1971, p. 47.

³ST III, 41,1 ad 2, 8.

es especialmente verdad respecto a los misterios de la vida pública de Jesús. Pero Schulte subraya algo importante cuando subsume los misterios de la vida oculta de Jesús bajo Gal. 4, 4 que habla del ser de Cristo, nacido “bajo la ley”. La misma nota es subrayada, en referencia a su Bautismo, Jesús dice que “es conveniente que se cumpla toda justicia” (Mt. 3,15). Y los misterios de la “prehistoria” son justamente este cumplimiento.

El aspecto de “verdad” es una llave esencial para la comprensión de los misterios. Sobretudo en el Evangelio de Marcos, la secuencia Bautismo-Transfiguración-Cruz mira “a la revelación gradual y al reconocimiento de la dignidad de Jesús” y subraya “el arco de tensión aretalógico-misionero que encontramos en el Evangelio⁴ .

La *circuncisión* de Jesús implica, primero, su admisión en el pueblo de la Alianza; segundo, “su habilitación y deputación para la *alabanza*⁵ ; tercero, la participación en las promesas⁶ ; finalmente, el otorgamiento del nombre: “el otorgamiento del nombre en el contexto de la existencia terrena de Jesucristo era su constitución *incoativa* en ese poder y dignidad (ver, entre otros, Lc. 1,32 y 5; Mt. 9,6 y ss.), definitivamente confirmado, acreditado y manifestado (ver también Jn. 17,1-5) después de la *constitución* de su vida”⁷ . Es especialmente importante percibir la conexión intrínseca entre circuncisión, alabanza y sacerdocio. La sangre es, como la sangre del cordero pascual, la sangre de la Alianza. “Esto apunta a la coherencia interior de la obra de la vida de Cristo. Lo que fue consumado en la Cruz – el sacrificio sangriento de sí mismo como plenitud del sacerdocio y de la Pascua del Antiguo Testamento– era fundado, de acuerdo a la voluntad de Dios, en el rito de la circuncisión”⁸ .

⁴ R. Pesch, *Markusevangelium I*, Freiburg, Herder, 1976, p. 97.

⁵ Schulte, op. cit., p. 56.

⁶ Schulte, op. cit., p. 57.

⁷ Schulte, op. cit., p. 58.

⁸ Schulte, op. cit., p. 57.

La presentación en el Templo apunta hacia adelante, hacia la Pasión, en tanto sirve para redimir al primogénito (Lc. 2,23), que es ligado al cordero pascual y a su función representativo-inclusiva. ¿Pero por qué el Hijo de Dios debía ser “redimido” en el significado de este rito? En orden a prepararse la redención de todos los hombres. Es “el misterio de Dios y por eso de Jesucristo, que Jesús, *el* primogénito por excelencia, es entregado por Dios Padre, de modo que en razón de ser cordero pascual, y por eso, de la cancelación de la factura contra nosotros (Col. 2,14) y de la sentencia de muerte por medio *del* primogénito, los “muchos” tendrían el precio que puede “redimir” *su* primogénito y así liberarlos en una vida verdadera y definitivamente libre”⁹.

El encuentro del Jesús de doce años en el Templo marca la transición de la “prehistoria” de Jesús a su vida pública en obediencia al Padre – incluso su oposición a sus poderes: “¿Saben ustedes que debo estar en las cosas de mi Padre?” (Lc. 2,49). Schulte plantea la interesante cuestión de si el conflicto entre la orden de Dios y la del Hijo que aquí surge (“Hijo ¿por qué nos has tratado así?... ¿como no han visto?” Lc. 2,48-49), no despliega ya algo del destino de Jesús. “Ya aquí hay una experiencia inicial de conflicto en su existencia personal. En esta experiencia, el Hijo de Dios habrá de sufrir hasta el final la ruptura de todos los hombres a cuenta del pecado en orden a volver a juntar lo que originalmente era uno: Dios y el hombre”¹⁰.

2. El Bautismo

Los misterios de la vida pública y actividad de Jesús incluyen el Bautismo, la Tentación, la Transfiguración y los milagros, que se encuentran intrínsecamente unidos a la predicación de Jesús. En su

⁹ Schulte, op. cit., p. 51.

¹⁰ Schulte, op. cit., p. 70.

Bautismo, Jesús se somete a la penitencia impuesta por Juan el Bautista, recibido en solidaridad con los pecadores, dando de este modo un paso hacia el ser del hombre en su alienación de Dios. Su descenso al Jordán recibe la respuesta “de arriba” de Dios, respuesta que da en forma de paloma junto a la voz del cielo. “La iniciativa de Jesús alcanza inmediatamente su cumplimiento, porque saliendo de las aguas, y su acto de “subir de abajo” es respondido por un “bajar de arriba” del Espíritu (de Dios): Aquí vemos que la Encarnación es el encuentro, el punto de identificación de Israel que fue siendo preparado y del Dios de la Alianza que desciende a Israel. Pero este acontecimiento es contenido en la interpretación dada al final por la “voz del cielo”: “Tu eres” (Mc) o, como también escucha el Bautista, “Este es mi Hijo amado” (Mt., Luc.)”¹¹.

Este acontecimiento no ha de ser entendido como una *adopción*, sino como una *interpretación* revelatoria. Justamente en la ocasión crucial en que Jesús se somete al Bautismo, Dios confirma a Jesús como su Hijo Amado (Mc. 1,11 y paralelos). Dios le envía el Espíritu, que lo introduce en el curso posterior de su misión y lo guía (Mc. 1,12). En otras palabras: filiación y descenso obediente son correlativos. El descenso del Espíritu “es la designación e instalación del Elegido y su permanente inspiración”¹². La “designación bautismal” al comienzo del ministerio público de Jesús, “es una recapitulación trascendente de toda la proclamación de juicio por los profetas y desde luego de la ley (Lev. 26; Dt. 27-23) y desde aquí, de toda la situación de existencia bajo juicio en quien el *partner* de la Alianza de Dios se encuentra a sí mismo”¹³. Esto nos permite diseñar una línea directa al Bautismo de fuego al que Jesús se iba a exponer (Lc. 12,49), como Juan Bautista va a expresarlo en el Evangelio de Juan: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn. 1,29).

¹¹ H. U. von Balthasar, *Herrlichkeit* III,2,2, N. Bund, Johannes, 1969, p. 50.

¹² Op. cit., p. 51.

¹³ Ulrich Luz, *Das Evangelium nach Mathäus*, I. Zürich, Neukirchener Verlag, 1985, p. 155.

3. La Tentación

La tentación de Jesús es, junto a su Bautismo, el misterio más conectado con la Cruz, como lo muestra su proximidad a la narración de Gethsemaní. En un cierto sentido la tentación es la continuación, concreción y preservación de la obediencia bautismal de Jesús en los cuarenta días transcurridos en el desierto. El desierto es el lugar de exposición al mal, como conocía Israel, en una vía análoga, por su estadía de cuarenta años en el desierto. Marcos presenta a Cristo como antítesis de Adán, porque, a diferencia de Adán, Cristo resiste la tentación y de ese modo restaura el paraíso. “Y estaba con los animales salvajes; y los Ángeles le servían (Mc. 1,13)”. Mc. 3,27 aclara que Jesús verdaderamente derrota a Satán en la tentación. El hecho de que Marcos habla lapidariamente de enlazar al “fuerte”, mientras que en Mc. 1,13 restringe el no menos lapidario relato de que Jesús fue tentado durante cuarenta días en el desierto, muestra que la resistencia de la tentación de Jesús es un camino que lo acompaña y no se desvía desde la senda que lleva del Bautismo vía Gethsemaní hasta la Cruz. La reprensión de Jesús a Pedro en Mc. 8,33: “apártate detrás mío, Satanás”, debería ser entendida en esta perspectiva: “De acuerdo a la concepción de Marcos, el hombre fuerte y su oponente mayor lucharon en el momento de la tentación en el desierto”¹⁴.

Marcos y Lucas debaten la tentación y su resistencia con mayor detalle. El deseo de Mateo es mostrar que “Jesús mantiene intacta la filiación divina proclamada en la narrativa bautismal por *la obediencia a la palabra de Dios en el Antiguo Testamento* y, de este modo, vence a Satán”¹⁵. Es importante escuchar la alusión a la historia de Israel. También es ponderable la propuesta de C. Schütz de que hay un paralelo entre la huida de Jesús de Egipto, su Bautismo, y la tentación, por un lado y la historia de la salida de Israel de

¹⁴ Ch. Schütz, *Los misterios de la vida pública de Jesús*, Myst Salutis, 3,2 Cristiandad, Madrid, 1971, p. 92.

¹⁵ U. Luz, *Das Evangelium nach Mathäus*, I, 162.

Egipto, atravesando el Mar Rojo y la estadía en el desierto, por el otro. La tentación tiene lugar en tres etapas. Primero, Cristo es tentado en cambiar las piedras en panes (Mt. 4,3-4); luego, el tirarse desde el pináculo del Templo en espera de la ayuda de Dios (Mt. 4,5-7); finalmente, el postrarse ahí mismo en obediencia frente al Demonio (Mt. 4,8). En cada instancia, Jesús cita un texto de la Escritura para rechazar la sugestión del Demonio: “El hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt. 4,14; Dt. 8,3); “No tentarás al Señor tu Dios” (Mt. 4,7; Dt. 6,16); “Alabarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás” (Mt. 4,10; Dt. 6,13).

¿Por qué estas tres tentaciones? Santo Tomás, siguiendo al Crisóstomo, dice que Jesús rompió tres redes lanzadas por el Demonio: las redes del vientre (hambre), de la vanagloria y la ambición¹⁶. Esta explicación no es, de todos modos, enteramente convincente, ya que respecto a la segunda tentación, que consiste en estar en las manos de Dios y sólo secundariamente sobreestimarse a sí mismo. Tomás discute la lógica de la tentación más detalladamente en el Comentario a Mateo, donde lo relaciona al cuerpo y alma, con la idea que como lo hizo con el primer hombre, el Demonio comienza con el cuerpo pero golpea siempre el alma.

El contenido de las tres tentaciones es la negación de la comunicación con Dios. El Demonio llama siempre más intensamente sobre la cuestión de que Dios dé verdaderamente. En la primera tentación, el Demonio insinúa que Cristo debe cuidarse, contentándose con lo recibido porque no puede esperar nada de Dios como donante. Dios no está presente en su libertad como un futuro siempre abierto, no está presente en su don, por la separación de donante y don; no es más, en síntesis, objeto de fe y de esperanza. La obediencia de Jesús, su entrega, esperar todo de Dios, incluyendo la satisfacción de su hambre, incluso si esta espera debe costarle la vida: “Sólo su muerte de hambre va a cambiar la piedra (Lc. 4,3; ver 24,2) o las piedras (Mt.)”¹⁷.

¹⁶ *Super Evangelii Sancti Matthaei*, lectura 4,1 (316-318).

¹⁷ Ch. Schütz, *Los misterios de la vida pública de Jesús*, p. 97.

La segunda tentación plantea la cuestión de la presencia del donante en el don de la filiación. ¿Se ha unido realmente Dios al Hijo, lo ha investido y se ha expuesto El mismo en el Hijo, de modo que está a disposición del Hijo y de su llamada – incluso si el Hijo deba temerariamente caer en peligro? El Demonio tienta a Cristo como si estuviera interesado para probar si puede o no tomar posesión del dador del don. Esto es lo que significa “tentar a Dios”, el probar la extensión en la que uno controla a Dios como donante en su don y promesa.

La tercera tentación no trata el tema descripto. Es su aguda intensificación. Lo que estaba en cuestión en las primeras tentaciones era la comida, y de un modo inmediato, la vida misma. Ahora Cristo se encuentra frente a la alternativa absoluta: Dios o el Demonio. Dios como dador de la vida ha de ser simplemente desplazado por la riqueza del mundo en subordinación al Demonio. El punto central se hace central en la alternativa. Balthasar tiene razón cuando conecta este estadio final de la tentación, ya con Mateo como apostasía de Dios o con Lucas como su puesta a prueba con la *blasfemia contra el Espíritu Santo*¹⁸. El Espíritu es la quintaesencia de la unidad entre el donante y el don, por un lado, y de la presencia del donante en el don, por el otro.

Que Cristo como Hijo pudo tomar sobre sí la Cruz presupone que resistió toda la extensión de la tentación en todas sus dimensiones, como aparece en la situación de acción en la que la libertad del Hijo se encuentra a sí misma. Por otro lado, sólo en la Pasión Cristo sondea toda la profundidad de la tentación. “De una manera curiosa, las narraciones de la tentación y de la pasión se asemejan. La última nos da el comentario de la primera y viceversa”¹⁹.

¹⁸ Balthasar, *Herrlichkeit* III,2,2, p. 68.

¹⁹ Ch. Schütz, *Los Misterios*, p. 101.

4. La Transfiguración de Jesús

Puesto que el Bautismo y la Tentación son misterios del comienzo, su Transfiguración corresponde a su *ser en camino*: “según los tres sinópticos la escena de la Transfiguración viene en un período de tiempo que indica que Jesús está en camino”²⁰. La Transfiguración se encuentra en la transición entre la gloria del Antiguo Testamento y la gloria del Nuevo Testamento fundada en la teología de la Cruz. Esto se ve, por un lado, en la aparición de Moisés y Elías y por el otro por el mandato de Jesús de guardar silencio hasta la Resurrección del Hijo de Dios. Probablemente Juan no transmite escenas de la Transfiguración porque coloca toda la vida del enviado del Padre bajo la luz de la Gloria Transfigurante. Aquí tampoco es cuestión de una simple invención: “debe aceptarse que el núcleo es una epifanía”²¹.

El Bautismo y la Tentación son prevalentemente sacerdotales, mientras que la Transfiguración y los milagros prevalentemente reales. Por supuesto el ser y la acción reales del hombre Jesús se encuentra fundada en su ser y acción sacerdotales y viceversa. Sólo el Señor es Siervo, y sólo el Siervo es Señor (Barth). En el momento de la Transfiguración, como en el momento del Bautismo la filiación del Hijo es confirmada por el Padre: “Este es mi Hijo amado en quien me complazco, escúchenlo” (Mc. 9,8). La Transfiguración es una suerte de estación intermedia en el camino a la Cruz y Resurrección (Mc. 9,9-12). Así revela que Jesús sigue este camino en la historia del Hijo de Dios y que su futuro es gloria, como Barth diría, es realmente el Señor que se hace siervo.

²⁰ Ch. Schütz, op. cit., p. 104.

²¹ Baltasar, *Herrlichkeit* III,2,2, p. 317.

5. Milagros de Jesús

No podemos tratar *in extenso* los milagros de Jesús. Nos bastará una pequeña reseña de su significado respecto a la llegada del Reino de Dios. Los milagros necesariamente acompañan la predicación de la Palabra, en tanto la llegada del Reino de Dios implica la curación salvífica de todo el hijo, cuerpo y alma, que está expuesto a los estragos del *cosmos*. Los milagros son, dentro del judaísmo, ante todo, la exaltación de la acción salvífica originaria de Yahvé con el pueblo”. Balthasar tiene probablemente razón de conjeturar que los milagros eran discretos y no sólo porque, como regla general, estaban ligados a la fe de los beneficiarios: “ la mayoría de los milagros estaban ligados a la fe: éste es el punto central, y la fe es necesaria, a veces existiendo realmente, y a veces “atribuida” en virtud de una “substitución” silenciosa, pero siempre de un modo teológico que Jesús no requiere fe en sí mismo, sino que activamente media la fe entre la persona humana y Dios, haciendo de sí la fuente de la fe que es indispensable para la persona humana y haciéndola brotar del corazón de la persona”²².

Es interesante considerar que en muchos casos la iniciativa para realizar el milagro no viene de Jesús sino del mismo beneficiario. En Mateo, fe y milagro siempre se encuentran unidos como pedido y cumplimiento. Los milagros apuntan más allá de ellos mismos al milagro de la Cruz y resurrección, que incluye la Parusía. Por esta razón son eficaces aún después de Pascua. Como observa Sto. Tomas, la gracia cura primero lo que requiere la persona, porque la naturaleza será plenamente sostenida con la segunda venida²³. Pero porque también la naturaleza está afectada por la llegada del Reino de Dios, se necesitan los milagros en el tiempo de la Iglesia, como vemos en Hechos.

²² H. U. von Balthasar, *Herrlichkeit* III,2,2, p. 308.

²³ In 2 Sent 31,1,2, ad 1; ST III, 69, 3 ad 3.

Podemos preguntarnos en qué extensión tiene sentido interpretar los milagros puramente como algo "sobrenatural" en el sentido de una *infracción* de las leyes de la naturaleza creada. Advertimos que todo ser está abierto intrínsecamente a su origen, podemos en principio ser muy generosos respecto a lo que es posible en el orden de la naturaleza. Una observación de Luz parece tocar el centro de la narración de milagros en Mateo "Lo que se ha roto no son las leyes de la naturaleza sino el poder de Dios» (Cf. Mt. 9,34; 12,22-30)²⁴.

Conclusión

La presentación sobre los misterios de la vida pública de Jesús podría ser vista como arrojando luz sobre cómo son ejercidos los tres oficios de Cristo durante su vida. El aspecto profético aparece especialmente con la palabra de Jesús y su proclamación, que aquí no hemos discutido en detalle. Los otros dos oficios coinciden en parte en cada misterio. Así, la tentación de Jesús, puede ser percibida como perteneciendo tanto al oficio sacerdotal (la asunción de la situación del hombre) como al real (la victoria sobre el mal).

Ahora, la doctrina de los tres oficios no es una colección arbitraria de las diversas funciones que ejerce Jesús en la economía de la salvación. Por el contrario, converge con los aspectos de juicio y pecado, los cuales reflejan, como antitipos, los tres trascendentales – la verdad, el bien y la belleza. Además, se relaciona con las posturas básicas de la libertad humana, que encuentra su fundamento en la lógica de la separación entre donante y don. Los tres oficios han de encontrarse además en el acontecimiento de la salvación representativa, que provee la perspectiva en la que hemos considerado los misterios.

Concluyamos, entonces, con una breve descripción de esta redención, que consiste, últimamente, en la inclusión del hombre en

²⁴ U. Luz, *Das Evangelium nach Mathäus*, Zürich, Neuk. Verlag, 1985, vol. 2,71.

la vida intratrinitaria de Dios, en cuanto esta redención es un hecho que tiene lugar entre el Padre y el Hijo en la unidad del Espíritu. En cuanto es un acontecimiento de amor, la redención representativa no es sólo motivada por amor, es la realización del amor mismo. Porque el *Amor transforma el Amante en el Amado*, Cristo se puede identificar con nosotros, apropiarse nuestra situación, tomar la Cruz sobre sí y, en este sentido, reiterar (Kierkegaard) el pecado. Porque haciendo esto el Amante no cae bajo el poder del pecado, simultáneamente asimila al Amado consigo (*omne agens agit sibi simile*), de manera que Cristo nos transforma desde nuestro fundamento – y antes de nuestra decisión. La reconciliación ha de ser comprendida como *re-creatio*. Este es el verdadero significado de la redención representativo-inclusiva, que espera nuestra ratificación. La seriedad de esta ratificación excluye cualquier doctrina de *apokatastasis* (salvación universal). Por otro lado, el carácter absoluto del amor de Dios por todos los hombres, que no puede ser revocado, obliga a esperar la salvación de todos.